

La misericordia como experiencia ascética y mística

Semana de Espiritualidad

*Por José Vidal Taléns.
Parroquia de San Lázaro, C/ Sagunto 130.
Facultad de Teología, C/ Trinitarios 3.*

1. **La misericordia** es una **experiencia** humana y creyente, pero apunta a algo más que una experiencia, porque se trata de un verdadero **principio y fundamento** de la realidad: El principio misericordia junto con el principio esperanza son los dos principios o fundamentos antropológicos y ontológicos que fundan la realidad humana y la historia. Sin ellos, todo se nos convertiría en absurdo. Propiamente se llamarán principios ontológicos: constituyen la realidad, ser y tiempo. Metafísicamente remiten al Amor originario de Dios, creador del ser y del tiempo y, en ellos, del espíritu o libertad humana.
 - 1.1. El universo se da en el tiempo y tienen su historia. En él apareció el hombre como espíritu-en-el-mundo, que hace historia con su conciencia y libertad, emoción y razón, pero que a su vez la historia le hace, dando como resultado una personalidad y un nudo de relaciones plurales con las que interactúa en su mayor o menor libertad. Su forma de hacer historia y hacerse mediante la historia es asumiendo selectivamente el pasado, para responder en el presente, anticipando un futuro utópico siempre mejor. Ahí está el **principio** de la realidad que llamamos **Esperanza**, motor de las transformaciones que se dan en la historia.
 - 1.2. Pero dada la condición humana, **no podremos realizar lo que esperamos** si no se da previamente **un principio más originario**, el de la misericordia y el amor, que sólo puede garantizar Dios en persona (Balthasar y Gómez Caffarena). Dios, como libertad incondicionada que consiste en amar, sería el horizonte que engloba la naturaleza y la libertad (desde Kant), el único que puede verdaderamente compadecerse de esta libertad creada que no consigue realizar el sentido de su autonomía.
 - 1.3. La naturaleza es la creación con su dinamismo propio en evolución, y en ella aparece el ser humano con conciencia y libertad, que **dependiendo** de lo natural y su evolución **se sobrepone** a lo natural y hace su propia historia. La **historia de la humanidad** nos muestra su **tragicidad** (Kasper), pues buscando siempre lo mejor del ser humano y para el ser humano no deja de toparse una y otra vez con lo peor de él y para él (San Pablo). Y por ello, en nuestros días, nos preguntamos ¿qué nos está pasando?
 - 1.4. Nos pasa que la autonomía humana ignora que no llega a ser posible si no es en la relación con Dios. El ser humano ignora que **uno es más sí mismo si se autocomprende “con”, “por”, “desde” y “para”** los otros; y con, por, desde y para el Otro (Personalismo cristiano y Lévinas). Y Dios, por su parte, el Otro más otro del hombre, no nos es totalmente otro, extraño, impasible, sino que, siendo Amor en sí, se muestra afectable, compasivo y misericordioso con sus humanas criaturas, creadas a imagen y semejanza suya, en conciencia y libertad. Por eso, no nos ha dejado solos en el universo creado, sino que ha ido interviniendo libremente en diálogo respetuoso con la libertad humana para que ésta no se malograra. Es la historia de la salvación, de la que da testimonio los distintos libros de la Biblia, y que culmina en un encuentro personal de Dios con el hombre, en la persona de Jesús de Nazaret.
 - 1.5. El principio constitutivo de la vida del hombre sobre la tierra es la esperanza (Bloch), esa esperanza de ir siempre a más y mejor, ese bello pensamiento de que “mañana será mejor”. Pero esa proyección de ese futuro mejor, si sólo se basa en nuestro voluntarismo, si es cosa sólo de la voluntad de los hombres, no parece poder dar a la esperanza un buen fundamento,

parece quedarse más bien en un sueño y a lo sumo una nostalgia. Debemos presuponer o creer en otro principio constitutivo de la vida del hombre en la tierra que pueda sostener su esperanza y el sentido de todo este universo evolutivo. Se trata del principio compasión o misericordia (Zambrano y Sobrino), reflejo del amor como sentido del ser, principio y fundamento de toda la realidad. A ese amor sentido del ser es a lo que en las religiones llamamos Dios. De este modo, nuestro más profundo deseo y nuestra voluntad de más y mejor, de plenitud y felicidad por el conocimiento y el amor, no es un mero sueño, no se queda en frustrante nostalgia, no anda perdido ni se pierde en la evolución del universo en expansión o en contracción. En la medida en que nuestra voluntad viene a coincidir con el primer y último horizonte del amor creador propio de Dios, reconocemos un sentido a este universo en evolución. Con los datos de la ciencia no se alcanza a **saber acerca del sentido** de esta evolución. En conclusión, el principio misericordia junto con el principio esperanza, que Dios sostiene y garantiza, son los dos principios que fundan la realidad humana y su historia.

2. **La misericordia** es una experiencia humana *relacional*, en cuanto se ejerce misericordia con otro o se recibe misericordia de otro; es una interacción, una praxis, una relación espíritu-mundo. Pasan cosas en la realidad, acontece realidad, no deja las cosas como estaban, es una transformación, identificación con el otro que abarca desde la em-patía a la sym-patía o **la com-pasión**. Es, pues, un saberse afectado y un atender y cuidar del otro....

2.1. El paradigma de la misericordia en las Parábolas del Padre del hijo pródigo y la del Buen samaritano. Como son conocidas y este Año Jubilar de la Misericordia hemos meditado sobre ellas, sólo las cito para que no las perdamos como paradigma de lo que decimos con la palabra misericordia.

2.2. Las Bienaventuranzas y su sentido.

2.2.1. La primera que anuncia “Bienaventurados los pobres”, sería la síntesis de todas las Bienaventuranzas, porque se trata de los “pobres” ante Dios y entre los hombres, que serían los portadores de las promesas de Dios para toda la humanidad, también para los ricos y satisfechos y para los entendidos y poderosos.

2.2.2. Las Bienaventuranzas se contemplan mejor si las vemos vividas por Jesús y los Santos. Ellos fueron y son los “pobres” ante Dios, que en medio de los hombres lloran con ellos, humildes saben cuál es su lugar, han purificado su corazón del egocentrismo, sienten hambre y sed de justicia, son misericordiosos, pacificadores, y están dispuestos a sufrir persecución por causa de preferir obedecer a Dios antes que a los poderosos.

2.2.3. Nos centramos en el sentido de las Bienaventuranzas.

Examinemos la realidad histórica de nuestra libertad, que es nuestra mayor grandeza y, a la vez, nuestro mayor riesgo. Sí, nuestro mayor riesgo porque puede convertirse en nuestra ruina y, queriendo ser libres, esclavizarnos continuamente. Lo que era nuestra maravillosa dignidad, puede también convertirse en nuestra condena y llegar a ser letal. Así es el ser humano. Esa fragilidad, esa vulnerabilidad, ese ser tan poca cosa, esa libertad siempre en riesgo de suicidarse como libertad, eso es el ser humano. Y, en cambio, Dios, eso que es tan frágil lo toma muy en serio y confía en las posibilidades de dicha libertad, a pesar de su limitación como criatura. Dice que eso es una maravilla. Porque si en la cárcel alguien es capaz de ser generoso todavía, eso es tal maravilla, que para Dios sus pecados o crímenes pueden quedar perdonados. Y si alguien después de una vida odiando se arrepiente y cede, para Dios es tan gran maravilla que eso le basta.

Y si alguien, porque lo ha visto en Jesús y en sus discípulos, es capaz de comprender el sentido último del “reverso” de la historia o del ser humano, entonces, hay esperanza. Si esa otra cara que es la fragilidad humana, escondida o disimulada ante los demás y ante uno mismo, es contemplada sin máscara alguna y se descubre en ella algún sentido positivo, he ahí la maravilla. Porque el ser humano ofrece estas dos caras, la cara del poder y la cara de la fragilidad. Los humanos nos alegramos en lo que podemos hacer, y

fortalecemos a los niños y a los adolescentes diciéndoles “tú sí que puedes”; y ahora los mayores se movilizan con el “sí se puede”.

Pero no queremos dejar de contemplar la fragilidad humana, con una inmensa ternura. Sí, esa fragilidad que ningún poder, ni el máximo desarrollo tecnológico ni el mayor poder político, puede superar. Sabíamos que no podíamos tanto y no tenemos que hundirnos por ello. Hay un momento en el que el ser humano ha de enterarse de que no puede tanto. Y eso es madurez. Si no, es adolescencia todavía.

Cuando uno cae de bruces ante su fragilidad y ha chocado con sus límites, Jesús le dice que ahí tiene una luz, una guía, una promesa, el “remedio” para el ser humano. El ser humano se deshumaniza con su prepotencia, con su deseo de omnipotencia, con la llamada “voluntad de poder”. Pero cuando uno es consciente de su fragilidad y se brinda a acompañar fragilidades, y quiere tener tiempo para acompañar fragilidades, ya está en la pista. Jesús vino para que encontráramos el camino que conduce a la **redención de lo humano** entre los humanos. Este sería el sentido primero y último de las Bienaventuranzas.

2.3. **Semejanzas y diferencias con la compasión budista.**

La compasión budista viene como fruto de la iluminación o nirvana, en que el iluminado vuelve compasivamente a acompañar a los que entran o han de entrar en el camino de su liberación. El sufrimiento radica en el deseo humano, por tanto, habrá que aprender a reeducar el desear humano y a superar o negar el deseo mediante la meditación y la ascesis. El cristianismo en su dimensión ascética y pedagógica puede coincidir mucho con esta reeducación del deseo hasta el deseo más profundo de unidad con lo divino de la realidad. Pero el cristianismo, en su fe en la encarnación del Hijo de Dios en Jesús de Nazaret y en el modo de su redención de lo humano, no es elitista, busca de entrada su salvación y la salvación de los otros. Por eso puede resistir en la realidad de sufrimiento de la humanidad y vivirlo a la luz del Misterio pascual. Más aún, puede asumir una dinámica “kenótica”, de abajamiento, de solidaridad con los hermanos y sus miserias; puede incluso buscar el último lugar, para compartir desde los últimos las luchas y la esperanzas.

La misericordia está en el inicio del camino de la liberación. En primer lugar porque uno se pone en camino porque ha acogido la misericordia de Dios sobre sus pecados y miserias, hermanado con los pecados y miserias de la humanidad. Y porque sabiéndose tan agraciado trata de corresponder con su misericordia para con sus hermanos. El inicio del camino o conversión ya es la gracia de la misericordia, y el camino a recorrer después de que uno dice “creo” es un camino de amor concreto, de obras de misericordia. La compasión o misericordia no está al final de mi perfeccionamiento religioso o de mi iluminación mística. Eso no significa que lo consigamos desde el inicio, por eso necesitaremos también de la ascesis y de la meditación unido a la celebración de los sacramentos, o sea, de la gracia que no ha dependido de nosotros sino de la voluntad salvadora de Dios en su Hijo Jesucristo.

3. **La mística** es una experiencia humana y creyente de la unión del hombre con lo divino. Como tal experiencia humana:

Es **un padecer la propia trascendencia** viéndose transcendido.

Es una experiencia de unión con Dios, en quietud o en acción o en pasión, que significa un crecimiento y una transformación, para afirmar más vida, más humanidad, más ser.

Es recreación de nuevas posibilidades a partir de las realidades dadas, y esto vivido como don de Dios.

Es la humanización del hombre que sólo Dios puede lograr en su plenitud, para salvar los riesgos de deshumanización tan visibles en la sociedad actual.

Es la continuidad, discontinuidad y novedad del hombre en el cosmos y en su historia, a la luz del Misterio pascual, al menos en la mística cristiana (GS 22 *in fine*).

4. **La ascesis** es el camino de la unión con Dios; todo lo que pertenece a ese caminar hacia la unión con Dios, siendo Él quien trabaja más que nosotros, atrayéndonos hacia Él. **La**

misericordia en sus dimensiones ascéticas implica la negación del *ego* para afirmar la Vida, recibida para darla. Esto implica la superación de tendencias egocéntricas y egoístas que me deshumanizan. *Subida* y *Noche* según San Juan de la cruz. ¡Misericordia sin *ego*! Para que la misericordia no sea ofensiva a la dignidad humana de quien la recibe, ni sea mentira en quien la ejerce, debe estar purificada del *ego* que se nos cuele en todo lo que hacemos.

Según San Juan de la cruz, el querer humano se guía, básicamente, por el gozo o gusto que halla en cosas o bienes:

- 1) Temporales, 2) naturales, y 3) sensuales,
- 4) morales, 5) sobrenaturales, y 6) espirituales.

El objetivo que persigue la ascesis o la educación humana y cristiana es la reeducación del gusto, del deseo, de la voluntad. Por eso:

- a) Tratamos y trataremos de “poner la voluntad en razón, para que (embarazado como estoy con tantas cosas o bienes que me incitan y ocupan) no deje de poner la fuerza de mi gozo en Dios”.
- b) O dicho de otro modo, “enderezar, en todos estos bienes [que los puedo gustar y gozar], enderezar el gozo a Dios”.
- c) Y al fin, diremos: “la mayor honra que le podemos dar [a Dios] es servirle según la perfección evangélica, y lo que es fuera de esto es de ningún valor para el hombre” (Subida, 3, 17).

Si nuestro gusto por hacer el bien a los demás y servirles con nuestro trabajo o nuestro voluntariado, no se vive con discernimiento acerca del porqué me gusta, corremos el riesgo de seguir centrados en nosotros mismos, cayendo en intolerancias, rechazos, discusiones sobre quién lo hace mejor, juicios de los otros, cansancio, búsqueda de compensaciones, etc.

5. ***La misericordia en su dimensión mística cristiana*** implica vivirla desde la unión con Jesús y su mística del descendimiento, del hacerse pequeño, sencillo y humilde con los humildes; mística “kenótica” o nazarena, según Carlos de Foucauld. Sin mística unión con Jesús no tiene sentido buscar los últimos lugares para compartirlos con los últimos, porque en lugar de buscar al otro nos buscaremos a nosotros mismos y no sería más que una táctica para ganar prestigio en la Iglesia o en el grupo cristiano o evangélico.

Y ¡nosotros no podemos tanto! El amor puro, desinteresado, de abajamiento hacia los últimos nos supera, no es nuestro natural humano de criatura finita que v tantas veces a la defensiva. Ha de ser un descubrimiento creyente en Jesús, que nos admira y atrae.

Misericordiosos como el Padre sólo es posible en unión mística con Jesús mediante su Espíritu Santo y la obra de la redención de lo humano que Él llevó a cabo desde su encarnación hasta su cruz y resurrección. La redención que nuestro mundo necesita, para salvar lo humano, para salvar a los humanos de su deshumanización. Que nos ayude San Juan de la cruz a centrarnos en una mística verdaderamente cristiana:

- Cuando San Juan de la Cruz nos dice que Dios “no cae en sentido” (2Subida, 17,5; 3Subida, 24,2), significa que nuestros sentidos sólo están adecuados y capacitados para las realidades de este mundo, éstas que no son Dios. Otra cosa es lo que Dios pueda obrar en nuestro mundo sensible. Hablamos principalmente del misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, la obra de Dios que culmina las acciones de Dios en la historia de Israel. Se trata de Alguien que, aun existiendo desde el principio en Dios, en comunión eterna de Hijo con el Padre en el Espíritu que les une, a Alguien así de trascendente, “lo hemos oído y hemos visto con nuestros ojos, lo contemplamos y palparon nuestras manos” (1Jn 1,1). No es que nuestros sentidos sean capaces de percibir o abarcar a Dios. Es Dios mismo quien se nos ha hecho accesible, perceptible y sensible para que lo podamos percibir y amar así, y podamos sanar nuestras dolencias.
- Dios es Espíritu, pero en Jesús crucificado y resucitado, un trozo de nuestro mundo e historia es transfigurado por el Espíritu de Dios, eternizado en el Eterno, de forma que no se pierde el recuerdo ni la referencia a este mundo creado y sensible, sino que lo vivido, sufrido y amado con esta nuestra realidad corporal, es redimido para ser eterno, y

permanecerá eterno desde lo vivido con nuestro cuerpo. Eso es lo que significa que el resucitado lleva en sus manos, pies y costado, las cicatrices de su pasión y muerte.

- Por eso, aunque la mística cristiana sabe que Dios está más allá de todo lo creado, también sabe y cree que Dios significa un sí a la creación hasta el punto de culminarla en la Encarnación y Resurrección, como la Pascua de la creación. Este mundo no se evapora ni desaparece en la nada. Este mundo de la creación, con las criaturas humanas creadas a imagen de Dios, encuentra su culminación en la persona de Jesucristo resucitado, formarán parte de su Cuerpo místico, conformaremos el Cristo total, Él y nosotros.
- Una mística religiosa que prescindiera de la figura histórica de Jesús de Nazaret, de sus palabras y hechos, acciones y pasiones en su realidad corporal, que prescindiera de la realidad de los encuentros que hace posible el resucitado con sus discípulos, y de su presencia viva como resucitado en su Cuerpo que es la Iglesia, una mística que se obligue a trascender palabras, historia e imágenes de Jesús, deja de ser mística cristiana, para responder más bien a otros caminos religiosos o espirituales, también muy buenos probablemente, por medio de los cuales muchos hombres y mujeres han buscado, y a veces logrado, la unión con lo divino.
- También estos caminos son de Dios, gracia de Dios que su Espíritu comunica en tantas tradiciones religiosas o espirituales. Pero no son éstas el único modo por el que Dios mismo ha querido hacerse presente en medio de los hombres. Y, en cierta medida, hasta hemos comprobado una y otra vez que los caminos de Dios no siempre coinciden con los de los hombres, hemos comprobado que algunos caminos religiosos no llevan a la salvación de lo humano y en este sentido no son dignos de Dios. No todo lo religioso o espiritual vale, simplemente por serlo. Estaremos obligados a un discernimiento.
- Cuando Dios se reveló personalmente y reveló el íntimo designio de su voluntad (véase el testimonio bíblico de la revelación de Dios en la historia), deshizo la ambigüedad en que quedaban las religiones y nos dio en Jesucristo la piedra de toque, el criterio de discernimiento de los elementos de verdad y los caminos de salvación que se hallan en las otras religiones u otros caminos espirituales.
- Así pues, la mística unión con Dios de San Juan de la cruz pasa por el Hijo de Dios, encarnado y resucitado, como ya pasaba con Santa Teresa, cuando se dirigía siempre a la sacratísima Humanidad de Jesús resucitado. No “sabemos” exactamente cómo sucede la experiencia mística en cristiano, ni sabemos cómo acontece la unión mística en otras experiencias espirituales; no **sabemos** tanto, también aquí pasan las cosas “toda ciencia trascendiendo” (Poesías, 9). Pero la realidad que se nos ha ofrecido es que no podemos, no debemos ya, ir al Padre sino por el Hijo; y esto no es nuestra limitación sino nuestra plenitud. Nuestra humanidad alcanza a ser eterna y plena en el Hijo, como hijos en el Hijo eterno, divino. Y es por medio de Él como podremos llegar a Dios plenamente logrados en nuestra humanidad. Así lo creemos y así lo esperamos. La gran experiencia interior de Dios que se pueda tener en este mundo, en cristiano, no se separará de la fe, la esperanza y la caridad.

Conclusión:

La Misericordia es la plenitud de lo humano identificado con el Hijo de Dios y con los pobres de la tierra, también con los que tengo delante. Misericordia no es mi obra ni mis obras de misericordia, sino el ser y la acción de Dios que me ha alcanzado, y que yo dejo fluir hacia los demás en mis obras y mi persona.

Fiesta de la presentación de María niña en el Templo. Que ella que se consagró desde niña, joven y adulta a la misericordia divina para la redención del mundo, por su unión singular con Jesús, nos ayude a vivir nuestra misericordia, muy unidos a Jesús e identificados con él.

Valencia a 21 de Noviembre de 2016,